

La violencia. Recorridos teóricos, aspectos críticos

Ana María Zubieta
Universidad de Buenos Aires
anamariazubieta@gmail.com

Citation recommandée : Zubieta, Ana María. "La violencia. Recorridos teóricos, aspectos críticos". *Les Ateliers du SAL* 5 (2014) : 10-20.

Introducción

Sin duda singular –por su trascendencia histórica, su valor cultural, político y antropológico– es el lugar que ha llegado a alcanzar la violencia, no solo como fenómeno que atraviesa estructuras y sociedades, coyunturas y enclaves, sino como un concepto fundamental que amerita una reflexión teórica. ¿Cómo es posible abordar un fenómeno de tal magnitud y con tantas aristas?, ¿cómo realizar una pequeña historia de los conceptos o qué enfoques es indispensable tomar en cuenta al momento de encarar el estudio del problema? Es indudable que la literatura aparece más y más tramada, entretejida, con los fenómenos de la violencia y sus representaciones, perceptible en el presente en el que se asiste, en particular, a la redefinición del género policial y a su proliferación. Podemos evocar así los casos del argentino Carlos Busqued y su novela *Bajo este sol tremendo*, del cubano Leonardo Padura o del sueco Henning Mankell y la globalización de las tramas como puede leerse en su novela *La leona blanca*. Hay una violencia que parece también enclavada en crónicas, en la narrativa ficcional del argentino Sergio Olguín y su novela *La fragilidad de los cuerpos*; en la obra del colombiano Santiago Gamboa con *Plegarias nocturnas*; o en la literatura que ha intentado acercarse a los fenómenos histórico-políticos sangrientos como la última dictadura militar. Una violencia embebida de memoria, en ese giro hacia el pasado del que habla Huyssen que parece caracterizar el presente y también porque desde la injusticia o desde la "justicia de los vencedores" de la que habla Danilo Zolo es posible visitar la violencia, la crueldad, la opresión y la muerte. Así pues, una historia de los conceptos me parece actualmente indispensable para tomar conciencia de las herramientas con las que trabajamos.

Como sostiene Balibar, la política, la civilización misma no lograrán ser pensadas como un *puro* programa de eliminación de la violencia, aunque nunca puedan renunciar a plantearse ese problema y agrega, en coincidencia con Foucault, que ninguna reflexión acerca de la violencia puede limitarse al examen de las temáticas del poder:

Los asuntos del poder se hallan en el núcleo íntimo de lo que llamé economía de la violencia: hay una violencia primordial del poder, una contraviolencia dirigida contra el poder, o una tentativa de construir contrapoderes que adopta la forma de contraviolencia (*Violencias, identidades y civilidad* 107).

Trazar un mapa de la violencia supone pues un trabajo posicional, perspectivista y, en consecuencia, no pretende ser

inocente; pero sí quiere como todo mapa, dar cuenta de la existencia de algo, ponerlo en escala y orientar o guiar un recorrido. Pero los mapas son también documentos de poder y dominio: gire el mundo en torno a Babilonia, a Roma o al Imperio del Centro, la figuración cartográfica siempre implica una decisión acerca de centro y periferia, poder y marginalidad. Karl Schlögel en su magnífico libro de geopolítica *En el espacio leemos el tiempo*, señala el lazo íntimo entre la empresa colonial de Gran Bretaña en la India y la confección de mapas:

[...] la medición del subcontinente indio se cuenta entre los grandes logros del Imperio británico. Sin Enciclopedia no habría mundo moderno, sin la medición de la India, nada de lo que se denomina imperialismo moderno o dominio de Europa sobre el resto del mundo (187).

Y advierte que un mapa es la mejor expresión de lo que Edward Said llamara una vez "un acto de violencia geográfica mediante el cual se tiende a investigar, cartografiar y finalmente poner bajo control todo espacio del mundo" (ctd. en Schlögel, *En el espacio* 192).

No es casual entonces que en un tiempo de fronteras y migraciones la geografía política sea un área del saber privilegiada y las tramas literarias del presente no desdeñan esa problemática teñida muchas veces de la más abrumadora violencia como en la novela *El ruido de las cosas al caer* del colombiano Juan Gabriel Vásquez.

La constelación totalitaria

Referirnos a la violencia en el presente nos hace volver la vista al siglo XX que se ha dicho que fue el siglo más cruel y violento de la historia, aunque el siglo XXI no haya empezado mejor: guerras, sofisticadas formas de ataque y la redefinición del terror, nuevos emplazamientos de campos de concentración y terribles tecnologías de aislamiento y castigo.

El siglo XX, que fue caracterizado como el más violento de la historia, dio nacimiento a poderes caracterizados, según la definición de Hannah Arendt, por una fusión inédita de *ideología y terror*:

El totalitarismo nunca se contenta con dominar por medios externos, es decir, a través del Estado y de una maquinaria de violencia; [...] el totalitarismo ha descubierto unos medios de dominar y de aterrorizar a los seres humanos desde dentro (*Los orígenes del totalitarismo* 407).

Y buscó remodelar globalmente la sociedad por medio de la violencia. La constelación totalitaria por así decirlo es un polo de atracción tanto para las reflexiones teóricas como para la producción de simbolizaciones estéticas. En tal sentido conmueve la edición de ese maravilloso libro de Orlando Figes, *Los que susurran*, que descorre los velos que pesaron sobre el estalinismo, las delaciones, las caídas en desgracia, a través de innumerables testimonios de los miembros de una misma familia o de sujetos procedentes de distintos estratos sociales que van contando cómo eran los arrestos, los confinamientos, el trabajo forzado y reeducativo y, a veces, el regreso, libro que examina esa enorme máquina puesta en funcionamiento y en la que el secreto, el silencio, lo dicho y lo no dicho cobra un papel descomunal; el susurrante designa tanto al que susurra por miedo a ser oído como a la persona que informa de espaldas a la gente. Un libro que no pretende analizar la figura de Stalin sino estudiar un sistema que echó raíces en la sociedad soviética e involucró a millones de ciudadanos que se convirtieron en espectadores silenciosos o en colaboradores del terror. Y la enorme novela de Vasili Grossman, *Vida y destino* (1959), su obra cumbre, novela sobre la Segunda Guerra mundial que muestra también los estragos del totalitarismo estalinista (fue prohibida por Krushev) o la más reciente, *Limónov*, de Emmanuel Carrère.

Entonces para encarar esto, resplandece el trabajo imprescindible de Hannah Arendt *Los orígenes del totalitarismo* donde ella precisa que los totalitarismos nunca se contentan con dominar por medios externos, es decir, a través del Estado y de una maquinaria de violencia, sino que descubrieron medios de dominar y de aterrorizar a los seres humanos desde dentro y que son organizaciones de masas de individuos atomizados y aislados. Los regímenes totalitarios instauran el terror que sigue siendo utilizado incluso cuando ya han sido logrados sus objetivos psicológicos: su verdadero horror estriba en que reina sobre una población completamente sometida. Se redefine la categoría de "sospechoso" que, bajo las condiciones totalitarias, pasa a ser toda la población; cada pensamiento que se desvía de la línea oficialmente prescripta y permanentemente cambiante es ya sospechoso. En un sistema de espionaje ubicuo, donde todo el mundo puede ser un agente de Policía y donde cada individuo se siente sometido constantemente a vigilancia. Por supuesto, este estudio incluye el nazismo y en él, la relación entre el líder y las masas y el lugar de la propaganda; y allí donde es llevado a la perfección el dominio del terror, como en los campos de

concentración, la propaganda desaparece por completo.

El asesino deja un cadáver tras de sí y no pretende que su víctima no haya existido nunca; si borra todos los rastros son los de su propia identidad, y no los del recuerdo y del dolor de las personas que amaban a la víctima; destruye una vida, pero no destruye el hecho de la misma existencia. Por eso la desaparición y la categoría de desaparecido es un horror que no cesa y sigue atrayendo nuevas reflexiones y nuevas ficciones.

La violencia colonial. El territorio en cuestión

Los estudios poscoloniales tienen hoy un momento de brillo, pero en este sentido hay un trabajo que no puede olvidarse ni ser omitido: *Los condenados de la tierra* de Frantz Fanon donde tanto Sartre en el "Prefacio" como el mismo Fanon nos recuerdan que el indígena no tiene más que una alternativa: la servidumbre o la soberanía. En particular, Sartre ironiza: una consideración especial para esos sujetos golpeados, subalimentados, enfermos, temerosos, y ya sean amarillos, negros o blancos, todos tienen los mismos rasgos de carácter y parecidas tácticas de resistencia: son perezosos, taimados y ladrones, viven de cualquier cosa y solo conocen la fuerza (9). La impotencia, la locura homicida es el inconsciente colectivo de los colonizados. Esa furia contenida, al no estallar, gira en redondo y daña a los propios oprimidos.

Edward Said en *Cultura e imperialismo* estudia la novela realista europea, centrándose en la obra de Charles Dickens y Joseph Conrad, que lograron el reforzamiento del consenso de sus sociedades en relación a la expansión de ultramar y el rol fundamental que jugó en la imaginación y simbolización del espacio. Además sostiene que *El extranjero* es una intervención en la historia de los esfuerzos franceses en Argelia, esfuerzos para hacerla y conservarla francesa. Hay que considerar la obra de Camus como un elemento de la geografía política de Argelia, metodológicamente construida por los franceses. Camus no sería solo un representante de algo tan evanescente como la "conciencia europea" sino de la *dominación* europea en el mundo no europeo, un documento inestimable y sesgado del colonialismo, de una violencia asfixiante.

Ninguna dulzura entonces borrarán las señales de la violencia; solo la violencia puede destruirlas. Y el colonizado se cura de la neurosis colonial expulsando al colono con las armas, la descolonización es siempre un fenómeno violento como lo ha demostrado Coetzee en novelas como *Desgracia* o *La edad de hierro*. Como todo "sistema" el colonialismo se organiza espacialmente. El imperialismo es también Geografía. Imperialismo es espacio global producido por el capitalismo.

Imperialismo es la geografía del antagonismo entre centro y periferia, la geografía del intercambio desigual. Imperialismo es espacio de poder, dominio construido de los señores coloniales sobre los nativos, de los blancos sobre quienes no lo son, paisaje y topografía urbana del *apartheid*. Nuevamente, la importancia del territorio, las fronteras, la ocupación y el avasallamiento. Nuevamente el mapa y el territorio.

La literatura argentina fue tramándose con la memoria de manera creciente, y dos acontecimientos pasaron a ocupar una parte importante de la escena: la guerra de Malvinas y la dictadura militar. Nuestra Guerra, la que reinscribió en el horizonte un problema algo abandonado y nos lo puso delante de los ojos obligándonos a mirarlo, justamente a nosotros que habíamos hecho tanto por desconocerlo: el colonialismo y entonces volvimos a Fanon ya no como lectura de cabecera setentista sino para reexaminar mejor ese monstruo grande que pisa fuerte, el colonialismo, esa violencia brutal que le hizo decir a Aimé Césaire que el nazismo no fue más que la reproducción, en pequeña escala, de la violencia colonial y a Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, que la síntesis entre administración y masacre perpetrada por los británicos en África fue una anticipación de la violencia nazi; entonces, la Guerra de Malvinas trajo a nuestro presente la peor violencia del colonialismo, una empresa imperial que no iba a soltar ese enclave estratégico.

El Holocausto

La infatigable referencia al Holocausto es problemática, pero como asegura Huyssen se ha convertido en *tropos* universal porque a través de él se pueden pensar otros genocidios; en efecto, las reflexiones sobre el Holocausto y la violencia máxima fueron el lecho donde descansaron muchos de los trabajos que abordaron la narrativa y el problemático enlace de violencia y memoria.

Bauman ha destacado que las inhibiciones morales contra las atrocidades violentas disminuyen cuando se cumplen tres condiciones, por separado o juntas: la violencia está *autorizada* (por unas órdenes oficiales emitidas por departamentos legalmente competentes); las acciones están dentro de una *rutina* (creada por las normas del gobierno y por la exacta delimitación de las funciones); y las víctimas de la violencia están *deshumanizadas* como consecuencia de las definiciones ideológicas y del adoctrinamiento. La incommensurable capacidad de infligir dolor y dar la muerte (parafraseando a Derrida) se

comprende cabalmente a partir del concepto de biopoder inicialmente planteado por Foucault y después ampliado y profundizado por Agamben. Biopolítica: el dato biológico es, como tal, inmediatamente político y viceversa, un conjunto de mecanismos por medio de los cuales aquello que, en la especie humana, constituye sus rasgos biológicos fundamentales podrá ser parte de una política, una estrategia general de poder y define el campo de concentración como el espacio que se abre cuando el estado de excepción comienza a convertirse en regla. Quien entraba en el campo se movía en una zona de indistinción entre interior y exterior, excepción y regla, lícito e ilícito. El campo, al haber sido despojados sus moradores de cualquier condición política y reducidos íntegramente a su nuda vida, es también el más absoluto espacio biopolítico que se haya realizado nunca. Pero también, como señala Traverso, los traslados forzosos de las poblaciones, la colonización y la industrialización de Siberia se inscribían en un vasto proyecto de gestión de las poblaciones que hacía del socialismo un verdadero laboratorio biopolítico.

Le debemos a Primo Levi el haber descripto la "zona gris" a partir del *Sonderkommando* o Escuadra especial, eufemismo con que las SS se referían al grupo de deportados a los que se confiaba la gestión de las cámaras de gas y de los crematorios, confusión y aplazamiento de la vida y de la muerte. Asimismo, una interpretación muy difundida, es la de la degradación de la muerte, el ultraje específico de Auschwitz, el nombre propio de su horror; "donde la muerte es 'trivial, burocrática y cotidiana' (Levi) tanto la muerte como el morir, tanto el morir como sus modos, tanto la muerte como la fabricación de cadáveres se hacen indiscernibles" (Agamben, *Lo que queda de Auschwitz* 79). Este "sufrir llevado a la potencia más extrema", este agotamiento de lo posible, ya no tiene, empero, "nada de humano". La potencia humana confina con lo inhumano, el hombre soporta también al no-hombre.

El Holocausto fue tanto un producto como un fracaso de la civilización moderna. De la misma manera que todas las otras cosas que se hicieron de forma moderna, es decir, racional, planificada, científica, coordinada, experta y eficientemente administrada. Es imposible hoy considerar la literatura que aborda fenómenos de violencia extrema sin la consideración de ese telón teórico.

Lo teorizado sobre el Holocausto sigue siendo imprescindible e imprescriptible. No podemos desconocer esos conceptos que mojonan el territorio y configuran el mapa sin olvidar la contracara del Holocausto: la guerra que como decía Clausewitz: "es una pulsación regular de violencia, de mayor o menor

vehemencia" (*De la guerra* 47); entonces la Segunda que siempre opacó a la Primera Guerra y, sin embargo, parece tentador volver a ella, fragua de tantos horrores. La guerra, las guerras han cambiado totalmente su signo, parece no ser ya necesaria una declaración para iniciarlas; entonces es preciso volver a plantear la relación entre los Estados y la vieja oposición amigos-enemigos, ya que aparecieron los enemigos potenciales y, sobre todo, los sospechosos, habitantes de policiales y transeúntes de las grandes ciudades: hoy hay sujetos que ya no son sospechosos de haber cometido un crimen o un delito, son sospechosos de poder cometerlos y la generalización de esta convicción trae aparejada una criminalización general de la sociedad. Un inocente es solo un culpable no consumado.

La cuestión de la imagen

Lanzmann ha dicho que su film "Shoa" no es un documental, que el film no es representacional en absoluto sino que es una *ficción de lo real* y rastrea los efectos traumáticos de las experiencias límite en las vidas de las víctimas. El arte formula preguntas provocativas a la historia. Hay un rechazo absoluto a la pregunta *por qué*. El trauma es más bien lo que se quiso enfocar, la brecha, la herida abierta en el pasado que se resiste a ser enteramente llenada, sanada o armonizada en el presente. El trauma no sirve simplemente como registro del pasado sino que precisamente da cuenta de la fuerza de una experiencia que no está todavía totalmente apropiada. Como dice Rancière, la violencia polémica de ayer tiende a adquirir una nueva figura. Se radicaliza en testimonios de lo irrepresentable y del mal, o de la catástrofe infinitos. Lo irrepresentable es la categoría central del giro ético en la reflexión estética, como el terror lo es en el plano político, porque es, él también, una categoría de indistinción entre el derecho y el hecho. En la idea de lo irrepresentable, en efecto, se confunden dos nociones: una imposibilidad y una prohibición y aquí adquiere un gran espesor o peso el papel de las imágenes. Las imágenes producen un *shock* en la medida en que muestran algo nunca visto. Cuando hacia el final de la guerra, los nazis quemaron en masa todos sus archivos, los prisioneros que les servían de esclavos en esa tarea aprovecharon la confusión para salvar –apartar, esconder, dispersar– el mayor número posible de imágenes. Esas *imágenes pese a todo* hacen que ya no sea posible hablar de "lo indecible" o de "lo inimaginable", dirá Didi-Huberman.

No deja de ser interesante que, aunque las narrativas puedan movilizarnos, las fotografías sean necesarias como pruebas

testimoniales contra los crímenes de guerra. De hecho, Susan Sontag sostiene que la noción contemporánea de atrocidad exige pruebas fotográficas: si no hay pruebas fotográficas, no hay atrocidad, no puede haber verdad sin fotografía: "Las fotografías pavorosas no pierden inevitablemente su poder para conmocionar. Pero no son de mucha ayuda si la tarea es la comprensión. Las narraciones pueden hacernos comprender" (*Ante el dolor de los demás* 104). Entonces nos debatimos entre la palabra y la imagen: con qué lenguaje se puede representar la guerra, la relación amigo-enemigo, cuando sabemos que las luchas entre pandillas narcos han desatado una violencia inédita que han querido hacer bien visible: cuelgan a los asesinados de puentes o echan las cabezas en la pista de una *discoteque*, como bien lo ha estudiado Sergio González Rodríguez en *El hombre sin cabeza* donde ocupa un lugar importante el aspecto simbólico de las decapitaciones.

Judith Butler piensa en la tortura y la ética de la fotografía a propósito de unas fotos tomadas en Abu Ghraib en las cuales el ángulo de la cámara, el enmarque, los que posaban, todo sugería que quienes hacían las fotografías estaban activamente involucrados en la perspectiva de la guerra elaborando dicha perspectiva, así como pergeñando, comentando y validando un punto de vista. Las fotos han funcionado de distintas maneras: como incitación a la brutalidad dentro de la propia cárcel, como amenaza de vergüenza para los prisioneros, como crónica de un crimen de guerra, como alegato a favor de la radical inaceptabilidad de la tortura y como trabajo de archivo y documentación difundido por Internet. Pero si la imagen remite a una violencia extrema, en un mundo de imágenes son nuevamente necesarias las palabras, se imponen los relatos, volvemos a preguntarnos cómo narrar y así estamos, una vez más, en las redes de la literatura.

Bibliografía

Fuentes primarias

- Busqued, Carlos. *Bajo este sol tremendo*. Buenos Aires: Anagrama, 2009.
- Carrère, Emmanuel. *Limónov*. Barcelona: Anagrama, 2013.
- Césaire, Aimé. *Discurso sobre el colonialismo*. México: UNAM, Unión de Universidades de América Latina, 1978.
- Coetzee, John M. *Desgracia*. Barcelona: Mondadori, 2000.
- _____. *La edad de hierro*. Buenos Aires: Mondadori, 2005.
- Figes, Orlando. *Los que susurran*. Buenos Aires: Edhasa, 2009.
- Gamboa, Santiago. *Perder es cuestión de método*. Bogotá: Seix Barral, 2003.
- González Rodríguez, Sergio. *El hombre sin cabeza*. Barcelona: Anagrama, 2009.
- Grossman, Vasili. *Vida y destino*. Barcelona: Lumen, 2008.
- Mankell, Henning. *La leona blanca*. Barcelona: Tusquets, 2003.
- Olguín, Sergio. *La fragilidad de los cuerpos*. Buenos Aires: Anagrama, 2012.
- Padura, Leonardo. *La cola de la serpiente*. Buenos Aires: Tusquets, 2011.
- Vásquez, Juan Gabriel. *El ruido de las cosas al caer*. Buenos Aires, Alfaguara, 2011.

Fuentes secundarias

- Agamben, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Pre-Textos, 2000.
- _____. *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos, 2000.
- Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus, 1999.
- Balibar, Étienne. *Violencias, identidades y civilidad*. Barcelona: Gedisa, 2005.
- Butler, Judith. *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- Clausewitz, Carl von. *De la guerra*. Buenos Aires: Agebe, 2004.
- Derrida, Jacques. *Dar la muerte*. Barcelona: Paidós, 2000.
- Didi-Huberman, Georges. *Imágenes pese a todo*. Barcelona: Paidós, 2004.
- Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. México: FCE, 1983.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2002.
- _____. *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE, 2007.
- Huyssen, Andreas. *En busca del futuro perdido*. México: FCE, 2002.
- Rancière, Jacques. *El malestar en la estética*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2011.
- Said, Edward. *Cultura e imperialismo*. Barcelona: Anagrama, 1993.
- Schlögel, Karl. *En el espacio leemos el tiempo*. Madrid: Siruela, 2007.

- Sontag, Susan. *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Alfaguara, 2003.
- Traverso, Enzo. *La historia como campo de batalla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- Zolo, Danilo. *La justicia de los vencedores. De Nüremberg a Bagdad*. Buenos Aires: Edhasa, 2007.